

Esta tradición es el fondo del hombre, el misterio del hombre, el secreto de la vida —en la terminología de otro ensayo que Salinas también recordó—, y en ella se engasta la propia tradición con el futuro:

Hay que ir a la tradición eterna, madre del ideal, que no es otra cosa que ella misma reflejada en el futuro. Y la tradición eterna es tradición universal, cosmopolita¹³.

Esta importantísima reflexión unamuniana en la que cristalizan numerosas consideraciones decimonónicas —sobre todo aquéllas que habitan las páginas del idealismo hegeliano y krausista— es atendida por Salinas —antes lo había sido por Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca— en una doble dirección: de un lado, en la energía viva que obra en los agentes inconscientes de la tradición, y así —en curioso paralelismo con el Lorca de la conferencia sobre las canciones de cuna—¹⁴ escribe:

¿Qué sabe la moza que recolecta la aceituna en un olivar de Andalucía de la copla que canta? (...) La muchacha actúa de agente inconsciente y purísimo de una gran fuerza, que a su vez la contiene: la tradición¹⁵.

Además de esta tradición, cuya grandeza Salinas tácitamente defendió en su *Defensa, implícita, de los viejos analfabetos*¹⁷, vive paralelamente la gran tradición del esfuerzo, la tradición de los letrados, la que Eliot —para irritación de tanto crítico literario ininteligible— definió con límpida descripción en el memorable ensayo ya citado. Estractaré unos párrafos imprescindibles en su exposición. Eliot habla de la integración de todos los lenguajes poéticos de la tradición en el lenguaje poético de hoy: «El sentido de la historia lo lleva a uno a escribir bien al tanto de que toda la literatura de Europa, de Homero para acá —y, dentro de ella, toda la literatura de su patria—, tiene una existencia simultánea y compone un orden simultáneo»¹⁸. Como el poeta está provisto de esta tradición, el lector debe hacerla presente en la lectura: «No hay poeta que por sí solo tenga plenitud de significado. El significado, la apreciación que le corresponde supone apreciar su relación con los poetas de ayer... No cabe juzgarlo aislado: hay que situarlo, para cotejo y parangón, junto con los poetas de ayer»¹⁹. Así la tradición va creciendo y modificándose al compás de la intervención del talento individual, de «tal suerte que —cito a medias a Claudio Guillén y Francisco Rico— todo momento poético conserva y potencia (intertextualmente) la imagen de otros anteriores»²⁰.

III

Salinas acepta el ideario de Eliot y comprende la tradición como «la enorme reserva de materiales con los que el poeta puede rodearse de horizontes»²¹,

¹³ *Ibidem*; pág. 797.

¹⁴ Cf. Adolfo Sotelo Vázquez, «Miguel de Unamuno y la génesis del Romancero gitano», *CHA*, 433-6 (1986); págs. 199-210.

¹⁵ Pedro Salinas, Jorge Manrique o tradición y originalidad; pág. 104.

¹⁶ *Ibidem*; pág. 109.

¹⁷ Cf. Pedro Salinas, *El Defensor*; págs. 255-74.

¹⁸ Cf. T.S. Eliot, «Tradition and the individual talent», *The Sacred Wood*; pág. 49.

¹⁹ *Ibidem*; pág. 49.

²⁰ Claudio Guillén, *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada*, Barcelona, *Crítica*, 1985; pág. 148. Francisco Rico, «La tradición y el poema», *Breve biblioteca de autores españoles*, Barcelona, *Seix Barral*, 1990; pág. 272.

²¹ Pedro Salinas, Jorge Manrique o tradición y originalidad; pág. 110.

en su afán creativo y original de horizonte. Esa fusión de horizontes —que recuerda a la formulada por la hermenéutica de Gadamer— se realiza en el ámbito del lenguaje y es «la forma más plena de libertad que le cabe a un escritor»²². Defender la libertad, el talento individual del poeta, su participación en la tradición, es, a la postre, la primera y mejor defensa del lenguaje poético.

Lejos de ser traba, la tradición —la suma de tradiciones— ejerce en el pensamiento de Salinas como verdadera y única carta de navegación de la escritura. En ella radica la responsabilidad del escritor y desde ella hay «que arriesgarse a la gran jugada de elegir»²³. Por ello el poeta es el hacedor, espoleado por su talento creador, de la mismidad del lenguaje, a través del cual late la tradición. Y, justamente, en esa hermosa vena está el mejor aprecio y la defensa más radical del lenguaje.

Firmemente convencido de que la tradición, porque está viva y operante, es la rectora del futuro, y en ella radica la riqueza inagotable del idioma que empuja al poeta a su mejora —como empujó a Nebrija, Villalón, Fray Luis, Cervantes, Ambrosio de Morales o Francisco de Medina—, Salinas concibe la aventura poética como la elección individual, con ánimo de vivir en el futuro, de la palabra que late y vive en la gran tradición. La luz del poema alborea desde la tradición eterna y desde Homero, para hacerse presente con energía nunca gastada y siempre nueva: es su más leal y ejemplar defensa del lenguaje.

Así alborea el poema en «Verbo» de *Todo más claro*. Las palabras llegan desde los ayeres milenarios:

Desde sus tumbas, inúmeras/ sombras calladas,/ padres míos, madres mías,/ a mí las mandan²⁴.

Son palabras usadas y nunca gastadas, que alcanzan el poema desde la tradición eterna (labradores, monjas, mujeres que amasan el pan) y desde la tradición culta (Garcilaso, San Juan de la Cruz, Cervantes):

Bocas humildes de hombres,/ por su labranza,/ temblor de labios monjiles/ en la plegaria,/ voz del vigía gritando/ —el de Triana—/ que por fin se vuelve tierra/ isla soñada./ Hombres que siegan, mujeres/ que el pan amasan,/ aquel doncel de Toledo,/ «corrientes aguas»,/ aquel monje de la oscura/ noche del alma,/ y el que inventó a Dulcinea,/ la de la Mancha./ Todos, un sol detrás de otro,/ la vuelven clara,/ y entre todos me la hicieron,/ habla que habla,/ soñando, sueña que sueña,/ canta que canta./ Delante la tengo ahora,/ toda tan ancha,/ delante de mí ofrecida,/ sin guardar nada,/ onda tras onda rompiendo,/ en mí —su playa—,/ mar que llevó a todas partes,/ mar castellana²⁵.

Desde esta tradición el poeta debe arriesgarse a elegir, es su gran jugada: «En el papel amanece/ una palabra»²⁶.

Ser poeta es ser algo más que una voz del hoy, es ser un voz abierta a vivir más allá de sus límites y a que en ella vivan las otras voces de

²² *Ibidem*; pág. 111.

²³ *Ibidem*; pág. 114.

²⁴ Pedro Salinas, «*Todo más claro*», *Todo más claro y otros poemas* (1949). *Poesías Completas*; pág. 663.

²⁵ *Ibidem*; pág. 664.

²⁶ *Ibidem*; pág. 665.

la tradición. La creación poética es la gran defensa del lenguaje: «Tantas palabras que esperan,/ invenciones, clareando,/ —mientras haya—/ amanecer de poema», escribe cerrando *Confianza*²⁷.

Hoy, cuando es difícil el entusiasmo ante las ortodoxias, será bueno que busquemos en la mirada histórica y en las intertextualidades que viven en la tradición, nuestra guía filológica. Pedro Salinas, liberal y humanista, poeta y crítico, nos invita a ello desde todo su quehacer, especialmente en su papel de defensor. Salinas fecundó con su espíritu creador la tradición hispánica y no tuvo recelos frente a las influencias, sino que como espíritu grande —la reflexión es de André Gide, invocado por Salinas— las buscó «con una especie de avidez, que es como la avidez de ser»²⁸. O traducido al lenguaje que él tan porfiadamente defendió: «Mientras haya/ lo que hubo ayer, lo que hay hoy,/ lo que venga»²⁹.

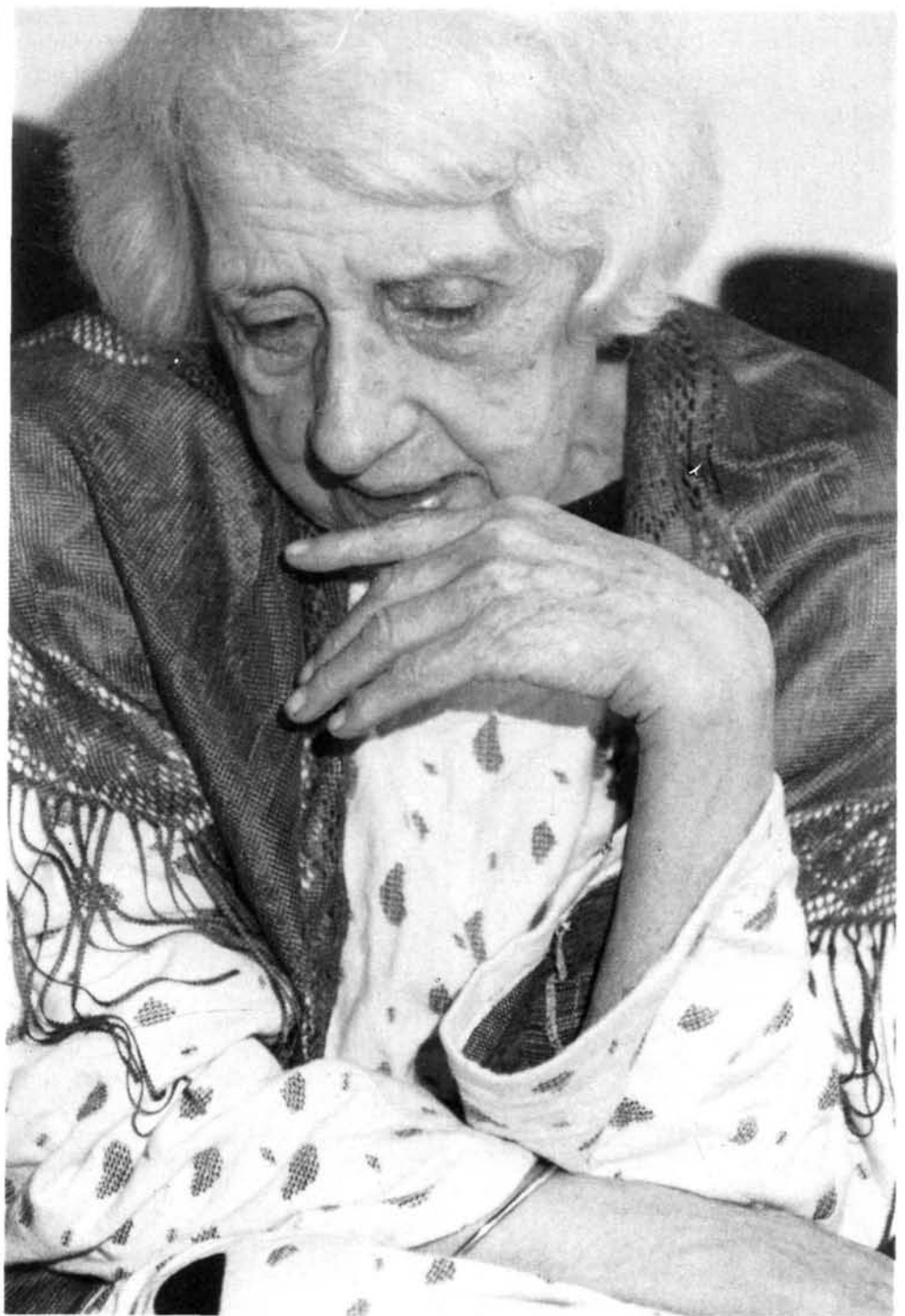
Adolfo Sotelo Vázquez



²⁷ Pedro Salinas, «Confianza», *Confianza* (1955). Poesías Completas; pág. 842.

²⁸ Pedro Salinas, Jorge Manrique o tradición y originalidad; pág. 110.

²⁹ Pedro Salinas, «Confianza», *Confianza*. Poesías Completas; pág. 842.



María Zambrano